

MARTIN ALONSO PINZON

JUSTISIMO, SI BIEN RETRASADO HOMENAJE

Escribe: ALVARO SANCHEZ

Es caso frecuente (lamentable acaecer de la mísera condición humana) que de una vida heroica y santificada no conserven las gentes sino el nombre y si acaso breve monografía, leída sin mayor atención por algún investigador curioso. Tal me parece ha sido el caso de Martín Alonso Pinzón.

Una nota, que no pasa de quince líneas, publicada por ES, semanario hispano, sobre un homenaje que tributarán en Huelva, patria chica del marino Pinzón, me llevó a buscar alguna bibliografía de Martín Alonso. Acaso sea abundante, pero muy poco conocida. He aquí lo que puede haber a mano.

En el "Cristóbal Colón, El Quijote del Océano", obra de Jacob Wassermann, historiador alemán, hay datos reveladores del carácter enérgico de Martín Alonso; en "Los compañeros de Colón y en la vida de Colón", libros de Washington Irving, escritor norteamericano, se habla con elogio de nuestro personaje; don Salvador de Madariaga en su libro "Vida del muy magnífico Señor Don Cristóbal Colón", es el que sin duda proporciona más pormenores de Martín

Alonso Pinzón; la Enciclopedia Espasa ofrece una biografía con los datos más importantes sobre el marino Pinzón. En 1892 José María Asensio, investigador español, publicó un estudio histórico sobre Martín Alonso Pinzón. Como no soy bibliófilo de profesión, es muy explicable que sean muy contadas mis fuentes de información. De ellas ofrezco a los lectores del Boletín Cultural y Bibliográfico un resumen, que ojalá mueva a un investigador inteligente a escribir la historia seriamente documentada de este insigne marino, codescubridor de América.

En Palos de la Rábida, pequeño municipio de la provincia de Huelva, nació en 1440 (mis fuentes consultadas no dan ni la fecha exacta de su nacimiento ni el nombre de sus progenitores). Hermanos suyos fueron Vicente Yáñez y Francisco, dados a los intereses del mar como Martín.

Por los años de 1489, en compañía de su padre y de uno de sus hermanos, debió estar en Roma en viaje de negocios. Martín Alonso tenía en el Vaticano un amigo, buen cosmógrafo, y como el aire que se

respiraba en el mundo culto era de descubrimientos, el cosmógrafo papal habló a los Pinzones de la posibilidad de tierras por descubrir; esto llevó a Martín Alonso a estudiar en la Biblioteca Vaticana unas cartas náuticas, más interesantes que las de Toscanelli, que acuciosamente copió de un libro cuyo título rezaba: "Avisos para saber la navegación de las Indias". Copia que, de regreso a España, llevó consigo consciente de su mucha importancia.

En 1490 Colón, desoído en la Corte de Portugal, fuese a Castilla a probar fortuna; detúvose en La Rábida con el intento de hablar con su hijo Diego, de 12 años apenas, y fue su alojamiento el monasterio de los frailes franciscanos, pues dineros para pagar mejor dispuesta posada, no los tenía. En la celda de Fray Juan Pérez de Marchena hizo conocimiento con Martín Alonso Pinzón que al parecer era a más de un observante cristiano, uno de los hombres más ricos del lugarejo.

En Palos vivía con su mujer, María Alvarez, en la calle de Nuestra Señora de La Rábida. Tenía su propia carabela y algunas otras embarcaciones menores, y... la obsesión de los descubrimientos. ¿Qué de extraño si Colón y Martín Alonso hicieron desde el primer momento buenas migas y comenzaron a planear una audaz navegación? Después de algunos serios contratiempos, la buena fortuna comenzó a acompañar a Colón, pues en la Corte de Castilla, si primero consideraron irrealizables sus proyectos, luego fueron estudiados y aprobados.

No poco había costado concluir victoriosamente la guerra de la reconquista, y así las arcas reales

estaban exhaustas; no obstante el gesto típicamente castellano de su Majestad la Reina Isabel al ofrecer las joyas de la Corona para la financiación de la empresa del descubrimiento, no fue muy cuantioso el apoyo; lograronse cartas de sus Altezas Reales (Fernando e Isabel) en que ordenaban a los vecinos de Palos poner dos carabelas a las órdenes de Cristóbal Colón. La Corona había proporcionado un millón de maravedís; Colón puso medio millón más que le prestó Martín Alonso. Y así se pudo armar una tercera carabela. "Sin el auxilio de la familia Pinzón, (lo dice muy claro don Salvador de Madariaga) de su prestigio, de su entusiasmo, y de su riqueza no hubiera podido Colón llenarse los ojos de triunfo y de esperanza a la vista de las tres gloriosas carabelas cuando embarcó en la *Santa María* el 2 de agosto de 1492".

Henos aquí en el mar. Iba adelante en la marina expedición *La Pinta* por ser de las tres carabelas la más veloz, a las órdenes de Martín Alonso; seguía *La Santa María*, la nave capitana, y en ella Colón como Almirante; de tercera seguía *La Niña* que según se cree era propiedad de Pedro Alonso Niño, piloto muy activo y resuelto en la, al parecer, enloquecedora empresa.

Dos meses llevaban de navegación nuestros aventureros (casi en vísperas del feliz hallazgo) cuando presintió Colón en la *Santa María* conatos de motín. La tripulación proyectaba arrojar el capitán al mar, así lo cuenta don Salvador de Madariaga. Oigamos su relato. "Esta vez la tripulación de la capitana se sintió profusamente contristada; cayó en su desmayo tanto cuanto había subido en su esperanza; y se irguió en su cólera

cuanto había desmayado en su decepción. Aquel extranjero, aquel visionario, aquel loco, los llevaba a la muerte. Había que hacer algo. La víctima no había que buscarla; la baranda de la carabela no era muy alta; el mar profundo y discreto. Con deshacerse del extranjero, se podía dar la vuelta a España inmediatamente. No había más obstáculo que él. Cuando le iban con quejas contestaba: "que por demás era quejarse, porque él había venido a las Indias y que así había de proseguir hasta hallarlas con la ayuda de Dios".

Colón consultó con Martín Alonso Pinzón sobre qué habría de hacerse ante los riesgos de un motín. La respuesta de Pinzón revela su carácter. La traen don Salvador, Irving y Wassermann, por eso es de creerse que tales palabras no son imaginarias sino que tienen fundamento histórico. "Señor, ahorque Vuesa merced media docena de ellos o échelos al mar, y si no se atreve, yo y mis hermanos caeremos sobre ellos y lo haremos, que armada salió con mandato de tan altos príncipes y no habrá de volver atrás sin buenas nuevas". No se atrevió Colón a seguir el consejo, que sirvió empero para devolverle los ánimos y las esperanzas. "Con esos hidalgos, Martín Alonso (fue su respuesta) hayámonos bien, y andemos otros días, e si en esos no hallaremos tierra, daremos otra orden en lo que debemos hacer". Y esos días de espera sirvieron para que el descubrimiento de América no se mancillara con inhumanos castigos.

Las tres carabelas habían levado anclas en Palos de Moguer el

2 de agosto de 1492. El 12 de octubre del mismo año el grito de "tierra" dado por Rodrigo de Triana, marinero de La Pinta, colmó de gozo a los audaces navegantes y señaló un vastísimo campo a la cultura cristiana de occidente y nueva etapa en la historia. El 4 de marzo de 1493 entraban de regreso de la más audaz aventura que registran los siglos las gloriosas carabelas.

La fortuna había cambiado para Martín Alonso Pinzón. Washington Irving dice en "*Los Compañeros de Colón*"; los errores de su conducta (don Salvador de Madariaga nos los cuenta): Martín Alonso se había separado de las otras dos carabelas y Colón imaginó que había tomado rumbo a España para llegar primero y hurtarle la gloria del descubrimiento) lo separaron del Almirante y atrajeron sobre él el desagrado de los Reyes, causa que probablemente contribuyó a su prematuro y triste fin. La desgracia en que se vio envuelta su familia no fue duradera. Las fallas de Martín Alonso quedaron, como suele suceder, purgadas con la muerte, no sobreviviéndole sino sus buenas acciones. Los méritos y servicios de sus hermanos fueron recompensados; sus descendientes volvieron a la gracia real.

Era menester que la vida desinteresada y heroica de Martín Alonso Pinzón fuera reconocida. En Huelva, su terruño nativo, será erigida una estatua de bronce, y su nombre lo llevará la principal arteria urbana del lugar: justísimo, si bien un poco retrasado homenaje.